“In spiritu et veritate”

En la Santa Misa del tercer domingo de cuaresma, cuando corresponde el ciclo A dominical de lecturas, tenemos la oportunidad de escuchar el bello pasaje del evangelio de San Juan que narra el diálogo entre Jesús y la samaritana. Algo me impulsó la última vez que se proclamó a dedicarle este artículo, centrándome en los dos versículos que cito a continuación: “...pero ya llega la hora, y es ésta, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre **en espíritu y en verdad**, pues tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle **en espíritu y en verdad**.” (Jn. 4, 23-24)

Adorar es rendir a Dios el culto que le es debido y amarlo. Pero, ¿cómo se adora a Dios verdaderamente? Por supuesto a través de la sagrada liturgia, aunque ésta no debe quedarse en apariencia, sino todo lo contrario; debe ser expresión externa de una vivencia interna que trasciende los límites personales y alcanza a los demás. Lo que Cristo denuncia es el culto vacío. Los actos de culto son signos de una fe que debe manifestarse también en las obras, ya que, como nos dice el apóstol Santiago, una fe sin obras es una fe muerta[1]. Es esencial la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive.

Con Jesús ha llegado el momento de la revelación plena, la Trinidad: Dios Padre, al que se debe adorar en espíritu y en verdad, a través de Jesucristo, que es la verdad, y bajo el impulso del Espíritu Santo. Los verdaderos adoradores son aquellos que acogen la vida, la misericordia, la liberación y la salvación que Dios les revela y les comunica, respondiendo a la iniciativa divina mediante el ejercicio de la fe.

Adorar a Dios es darle gloria, agradarle. Y Jesús nos da las claves fundamentales para hacerlo: amar a Dios sobre todo y al prójimo como a uno mismo[2]. Pero San Juan nos advierte que el que dice que ama a Dios y aborrece a su hermano, miente[3], y el baremo en el juicio de Cristo Rey será el amor a los demás[4]. El cristiano, nos dice San Cipriano, es otro Cristo y como adorador del Padre debe dar gloria a Dios viviendo la caridad por encima de todo, a imagen de Jesús; en esto conocerán que somos sus discípulos, en que nos amamos los unos a los otros como Él nos ama[5].

El misterio de Dios-Trinidad es un misterio de comunión de amor y se manifiesta en la Iglesia. Por eso tiene tanta importancia el testimonio para la evangelización. Nosotros somos responsables de mostrar el rostro de Cristo y... ¿qué Cristo estamos mostrando? Es una reflexión necesaria que debe hacer cada uno.

Los cofrades debemos ser ejemplos de verdaderos adoradores, ya que el fin principal y específico de nuestras asociaciones es la promoción del culto público[6]. Quizás estemos lejos del ideal, pero sigamos orando y luchando, porque para Dios no hay nada imposible y Él es nuestra fuerza. Así contribuiremos eficazmente en la medida de lo posible a la transformación de nuestro mundo en Cristo.

---

[1] Cf. Sant. 2, 26
[2] Cf. Mc. 12, 28-34
[3] Cf. I Jn. 4, 20
[4] Cf. Mt. 25, 31-46
[5] Cf. Jn. 13, 34-35
[6] Normativa Diocesana de HH. y CC. , art. 27